



Dibujo de Vázquez de Sola.

"función signica" (2), que presenta como resultado de tres tipos de operaciones indisolublemente ligadas entre sí: manipulación del *continuum* expresivo; trabajo sobre los códigos, y operaciones de relación de los signos con las cosas o los procesos reales del mundo (entendidos siempre en su vertiente de "unidades culturales", la única que, como se dijo antes, interesa al semiólogo).

En esta segunda parte de su "Tratado de semiótica general", extraordinariamente jugosa incluso para quienes ya conozcan la producción anterior del profesor de la Universidad de Bolonia, Eco realiza desde un análisis semiótico del discurso ideológico, al que identifica con una visión del mundo parcial, que "ignora las interconexiones múltiples del universo semántico y oculta las razones prácticas por las que se han producido ciertos signos" hasta una crítica brillante a la vez que profunda del iconismo, donde demuestra cómo cada cultura impone sus propios códigos de reconocimiento de la realidad, y cómo en consecuencia representar icónicamente un objeto equivale a transcribir mediante ciertos artificios, que pueden ser gráficos, las propiedades culturales que se le atribuyen.

Obra imprescindible en todos los sentidos esta última de Eco, que reelabora, sistematiza y completa sus investigaciones semióticas anteriores y que une

(2) El traductor utiliza el término de "función semiótica", que es, en mi opinión, mucho más amplio que el de "función signica", empleando por Eco en la versión italiana de su libro.

al rigor científico una extraordinaria claridad de exposición. ■
JOAQUÍN RABAGO.

Poesía erótica castellana

Muchos se sorprenderán que la literatura en lengua castellana posea un buen puñado de poemas eróticos, burlescos, festivos, desvergonzados y cachondos, obra de escritores prestigiosos y de quienes lo son menos. La gazmoñería del cotarro académico se encargó de echar piadosas paletadas de tierra y olvido sobre estos literarios cuerpos inertes. Otros ni se atrevieron a publicarlos y sólo el azar los conservó como manuscrito.

A comienzos de siglo, Joaquín López Barbadillo dio a la estampa importantes colecciones de este género erótico que se perdieron también en el olvido de estos cuarenta años de mojigatería hipócrita, puritanismos de pecados mentales y cruzadas antilúdicas del clericalfascismo. Ahora acaban de ser reeditadas dos de ellas en ediciones facsímiles del original, lo que les confiere un cierto regusto de rancios pliegos (1).

(1) "Cancionero de amor y de risa", de varios autores, y "El jardín de Venus", de F. M. Samaniego, editados por Akal, Madrid, 1977. Facsímiles de las editadas por Joaquín López Barbadillo en su biblioteca en 1917 y 1921, respectivamente.

"El jardín de Venus" ha sido publicado también por Ediciones Siro, Madrid, 1976, edición y prólogo a cargo de Emilio Palacios Fernández, con algunos poemas más incorporados.

Reedición que si no es la primera reciente viene a abrir una brecha en el muro de silencio y proyecta proseguir en el futuro.

La primera de estas colecciones lleva el nombre de "Cancioneros del amor y de la risa". Es una colección que recoge poemas del siglo XV al XIX, desde Alfonso Álvarez de Villasandino y Rodrigo de Reinosa a García Gutiérrez y Bartolomé José Gallardo, quince autores en total recoge la antología, sin contar los numerosos anónimos. Excepto los romancillos y sonetos de Góngora y Quevedo, las demás son publicadas por vez primera en época reciente y no pocas no lo fueron nunca. En su prólogo, López Barbadillo afirmaba algo cuya actualidad es indiscutible: "Por tal flojería y descaecimiento —decía— en que paró el espíritu español a través de los tiempos, pasa que ya en los cartapacios sepultados bajo el polvo de librerías y archivos públicos y privados, ya en rarísimos libros vergonzantes puestos de tapadillo en el rincón que aspaventosamente se llama infierno en muchas bibliotecas, yace un tesoro de arte literario procaz, desvergonzado, rudo, agrio, pero de un enorme valor documental para la historia de costumbres e ideas en la tierra española y, sobre todo, de un valor inmenso como veneno de alegría sana y fuerte, de risa abierta y franca, de donaire bendito".

Mayor interés aún tiene el segundo de los libros, por su rareza de origen y ser un manuscrito que veía la luz de las letras de molde. Se trata de "El jardín de Venus", colección de "graciosísimos cuentos libertinos" de don Félix María Samaniego, nuestro no menos ilustre fabulista. Es una abundante serie de poemas de un grace-



Leandro Fernández de Moratín.

jo salaz, ingenuo, abordando de frente y por derecho las mil y una vueltas del fornicio a los paños que vengan, llamando por su nombre lo que su nombre tiene e imaginando lances y dislates sin cuento.

En su enjundiosa introducción relata López Barbadillo su casual encuentro con el manuscrito en el arcón de una iglesia aldeana del pueblillo de Espinama, en los Picos de Europa. Constaba de quince cuadernos de doce hojas, todas sin coser, escritos por su autor en el seminario de Vergara de Alava hacia 1780. Se trata, según las incorrecciones métricas y sintácticas que presenta, de una copia —única al parecer— de los poemas originales, propiedad de José de Bulnes, vecino de Potes, fechada en 1792. La edición incluye todos los cuentos salvo nueve, incluidos ya en el "Cancionero".

Los dos libros son una curiosa e interesante aportación al conocimiento de una parte de nuestra literatura que nos ha sido cuidadosamente ocultada. Una perfectamente con las tradiciones realistas de que hacemos gala desde el Arcipreste de Hita, con el donaire y picaresca popular y más aún con la corriente surgida en el siglo XVIII de una literatura erótica de la que serían buenos ejemplos "Fanny Hill", "Moll Flanders", "Las uniones peligrosas", "Las Memorias del caballero Casanova", etcétera. Este país nuestro se ha obstinado en considerar a los ingenios más fértiles, equilibrados y serios en cualquier campo del saber, como una especie de espíritus puros que no tienen cuerpo, ajenos a todo deleite vano y carnal. Cualquiera que lea el "Diario" de don Leandro Fernández de Moratín (2) descubrirá que la vida privada de nuestro gran "ilustrado" era la de un putañero importante, conocedor experto de burdeles y casas llanas de las ciudades en que vivió, conspicuo catador de hembras y deleites terrenos. El "Cancionero" y más aún "El jardín de Venus", de Samaniego, vienen a demostrar con su desvergonzada exégesis del arte de amar que inquisiciones y dictaduras no pueden ahogar ese impulso que lleva a juntarse a varones con hembras ni al divertido juego de contarlo, burlarse, regodearse, organizar jolgorio o hacerlo un corte de manga. ■ JUAN ANTONIO HORMIGÓN.

(2) Leandro Fernández de Moratín, "Diario". Edición anotada por René y Mireille Andioc. Castalia, Madrid, 1968.

En esta misma dirección podría considerarse "El arte de las putas", de Nicolás Fernández de Moratín. Edición de Manuel Fernández Nieto, Ediciones Siro, Madrid, 1977.